





ABC

tándole se unía un preocupante tumor cerebral).

Así, bien agarrado a la pluma, vibrando con pulso lento, alumbró los cuatro títulos que aún «Todos nosotros»: «Fuegos» (1985), «Donde el agua se junta con otras aguas» (1986), «Ultramar» (1988) y «Un sendero nuevo a la cascada», publicado póstumamente en 1989. Obras marcadas, inevitablemente, por sus circunstancias, muchas veces en el límite, ese lugar donde no cabe la mentira. «En los poemas de Ray acompaña a alguien que lidia con la vida y la muerte, a alguien que ya ha muerto una vez al escapar de la muerte por alcoholismo, y a la que se le presentan diez años de vida en los que puede usar plenamente sus poderes como escritor», resume Tess.

Sus poemas nacían en la contemplación cotidiana, ya fuera de instantes presentes o pretéritos. Ese era su fuerte: extraer del detalle particular ciertas gotas de verdad, un reflejo íntimo y vagamente universal. Una sabiduría enraizada en la experiencia. Lo explicaba él mismo en «Domingo

## Lo dejó escrito en su tumba

«Raymond Carver. 25 de mayo de 1938-2 de agosto de 1988. Poeta, escritor de cuentos, ensayista», reza la sepultura de Carver en Port Angeles (Washington). Él pidió que antes de nada apareciera «poeta», pues creía que su obra en verso era la que mejor le representaba



por la noche», su personalísima poética cotidiana: «Utiliza las cosas que te rodean./Esta ligera lluvia/tras la ventana, por ejemplo./Este cigarrillo entre los dedos,/los pies en el sofá./El débil sonido del rock and roll,/el Ferrari rojo en el interior de tu cabeza./La mujer que anda a trompicones/borracha por la cocina.../Mete dentro todo eso,/utilízalo». Y en aquella conversación, Grimal subrayaba sus motivos: «Las historias tienen que venir de algún lugar. Por lo menos las que a mí me gustan. Tiene que haber hilos que las conecten con el mundo real».

## Claridad y resonancia

«Hablar con claridad y resonancia no es fácil para un poeta, pero Ray lo hacía fácil. Apenas te das cuenta de que estás leyendo poesía cuando le lees. Sus poemas son historias también. Te llevan en su corriente como lo hacen las historias, de un suceso a otro, hasta que llega una maravilla o una acumulación de observaciones y te asombras o reparas en algo en lo que nunca antes habías pensado», asevera Gallagher. Y esa es una de las claves para entender «Todos nosotros»: que la presencia de la narración no enturbia la lírica, que la música, el ritmo, lo marcan las escenas, no las sílabas. Y algo más: siempre hay transparencia en sus versos. Y al otro lado de la ventana nos espera él, con los ojos bien abiertos, permitiendo que veamos nuestro reflejo en sus pupilas.

Lo dice su tumba, sí: fue poeta. Y en esa misma piedra está su «Último fragmento», una bella certeza empaquetada en verso: «¿Y conseguiste lo que/querías en esta vida?/Lo conseguí./¿Y qué querías?/Considerarme amado, sentirme/amado sobre la tierra».

## Del cuento al verso

En su relato «De qué hablamos cuando hablamos de amor», que da título a su gran obra, Carver escribe: «Oía los latidos de mi corazón. Oía el corazón de los demás. Oía el ruido humano que hacíamos allí sentados, sin movernos, ninguno lo más mínimo, ni siquiera cuando la cocina quedó a oscuras». Ocurre al final, y es, quizás, el fragmento más reproducido y cacareado de sus relatos. Es famoso, sí, y para Carver debió ser muy importante. Esa escena la repitió luego en su poema «La cartera de mi padre»: «(...) Los tres/en ese cuarto pequeño aquella tarde./El sonido de la respiración». «A veces, Ray utilizaba el mismo suceso en ambos. Los poemas a menudo iluminan un aspecto emocional o biográfico apenas insinuado en un relato. “Utilízalo”, solía decir. “No dejes nada para más tarde”», afirma Tess Gallagher en el prólogo de «Todos nosotros».

